

IRITZIA

iritzia@deia.com

Behatokia

Consejos de acreedores

HACE cincuenta años, la economista británica Joan Robinson —una de las pocas mujeres en alcanzar fama internacional en la economía académica— decía en un artículo en el que confesaba su pesadumbre por el estado de la enseñanza de la economía: “La teoría, a nivel de manual, no dice más que si comparamos dos economías, ambas ya en equilibrio y ambas con el mismo valor total de capital ya en existencia, la que cuente con el nivel más bajo de salarios reales tendrá un nivel de empleo más elevado (bajo determinadas condiciones de competencia, etc.). Y aquí acaba la exposición. Si el alumno cae en la trampa de deducir que una reducción de salarios haría aumentar el empleo, es muy probable que nadie se tome la molestia de explicar por qué esto es un *non sequitur*”.

Tan probable, como que eso que no se puede ni se debe deducir de la teoría, forma parte de las afirmaciones cotidianas de los economistas del régimen, sea entre los asesores de los gobiernos, en las fundaciones financiadas por los banqueros o en los organismos internacionales promotores del neoliberalismo. El escaso número de profesores que a) entienden ese *non sequitur* y b) están dispuestos a tomarse la molestia de explicárselo a los alumnos, no ha dejado de reducirse desde la época en que la economista británica se preocupaba por estos asuntos. Eso explica también por qué las trivialidades más ingenuas y los disparates más sofisticados se cuelan como conocimiento experto en informes de todo tipo.

Para los economistas del FMI y los de sus escuela, los salarios son un “gasto” cuando se trata de salarios públicos y un “coste” si son salarios privados, lo mismo que puedan serlo el gasóleo, la compra de lápices o las facturas de la luz.

En cuanto se llega al tema de los salarios, el asunto está claro siempre para estos expertos: bajar los salarios es bueno, no bajarlos es malo. En la distorsionada visión de estos expertos (que, por cierto, coincide con la que se suministra habitualmente a los estudiantes de economía), no cabe considerar que los salarios son una norma social de distribución de lo producido, entre quienes lo han generado y sus propietarios. Por eso, entre la gran profusión de cifras del informe anual sobre España del FMI, no se incorpora el dato de la distribución: entre 2009 y 2012, la creación de valor añadido en la economía española, relativamente estancado porque



Para el FMI, y al parecer para Olli Rehn y la CE, los salarios son un “gasto” si son públicos y un “coste” si son privados. Hay que bajarlos. Pero el efecto de esa reducción es deprimir el consumo, la recaudación de impuestos y las cotizaciones sociales. Por tanto, debilitar el Estado

POR JOAQUÍN ARRIOLA (*)

hay 1,5 millones de personas menos trabajando, apenas ha caído en 9.000 millones de euros (a precios corrientes). Por su parte, los salarios directos e indirectos cobrados se han reducido en 44.000 millones de euros. ¿Dónde ha ido la diferencia, esos 35.000 millones de euros que antes producían y cobraban los trabajadores y ya no los cobran?

Poco importa que el apartado relativo a salarios se haya redactado con tan poca dedicación como para recomendar medidas que ya se aprobaron en el cambio de modelo laboral impulsado con la reforma aprobada un año antes de que se redactara este informe (el FMI sigue recomendando la eliminación de la ultraactividad de los convenios y facilitar los descuelgues). El dogma queda bien revelado en la rueda de prensa en que se publicitó el informe. Un periodista comenta cómo, en su opinión, “en materia de competitividad España tiene mucho que hacer, pero no del lado de los salarios, que han caído ya de forma significativa, porque el principal problema se encuentra del lado de los precios”, que no se reducen. La respuesta del jefe del equipo que redactó el informe consiste en decir que aunque España ha recuperado la pérdida de competitividad media por los costes laborales, “esto se ha logrado mediante aumentos de productividad, no mediante ganancias en costes laborales”. Esta forma eufemística de referirse a la reducción de salarios, continúa poco después: “Aunque está teniendo lugar una creciente moderación salarial,

creo que nuestro mensaje será que este proceso tiene que seguir”.

Los efectos macroeconómicos de una reducción generalizada de salarios son, en primer lugar, deprimir el consumo familiar, la recaudación de impuestos y de cotizaciones sociales. Por tanto, debilitar el Estado y las transferencias sociales, en primer lugar las pensiones. Pero hete aquí que los del FMI y banqueros de todo tipo saben lo que hay que hacer: bajar también las pensiones y reducir los servicios públicos.

El cuadro que nos presenta el FMI hasta 2018 ilustra bien lo que está pasando y va seguir en los próximos años con esa “moderación salarial”. Según este organismo, dentro de cinco años la capacidad de producir en España será la misma que en 2011, pero se repartirá de otra forma: el consumo privado será 5 puntos inferior; el consumo público se habrá reducido en la quinta parte; la inversión privada será un 16% menor y la pública será la mitad que en 2011. Sin

El FMI vende una moto sin manillar ni ruedas; propone reorientar la economía hacia la exportación y competir sin invertir y sin aumentar la productividad, solo bajando salarios

consumo y sin inversión, por supuesto, la productividad dejará de crecer desde 2014. Por arte de birlibirloque, sin embargo, los 104.000 millones de euros que se perderán en demanda doméstica serán más compensados por un incremento de 106.000 millones en las exportaciones, una reorientación del modelo hacia las exportaciones que se podrá llevar a cabo (milagros del FMI) sin aumentar la productividad y sin tener que invertir un duro.

Este es el escenario más probable que pronostica el FMI. Y para “mejorar” las perspectivas proponen una reducción de los salarios en un 10% en 2013 y 2014, acompañada de una reducción de las cotizaciones sociales de 1 punto y medio y un aumento del IVA en 2015 y 2016 para lograr que el valor de la producción sea en este último año un 5% mayor, consecuencia de un aumento del empleo en un 7% (y por tanto una caída de la productividad del 2%). Como el consumo doméstico se verá reducido, lo que no dice el informe es que para alcanzar semejantes logros, toda la producción extra tendrá que exportarse.

¿Y para que tanto esfuerzo? ¿Acaso para reducir el endeudamiento? Nada de eso: en el escenario que dibuja el FMI, el endeudamiento de la economía española es tres veces y medio el valor del PIB hoy, y seguirá siendo tres veces y media dentro de 6 años. Eso sí, de lo que se trata es de que el sector público siga aumentando su endeudamiento en 342.000 millones más a la par que se reduce el de las empresas y las familias en 407.000 millones (todo en euros de 2005). Este es el neoliberalismo que promueven banqueros y acreedores: hay que privatizar los servicios sociales, pero la deuda que sea pública cuanto más, mejor: siempre es más seguro pagador el Estado que el mercado.

El FMI vende una moto sin manillar ni ruedas; propone reorientar la economía hacia la exportación y competir sin invertir y sin aumentar la productividad, solo bajando salarios. Todo trufado con gráficos en colorines y cifras obtenidas de bases de datos de la Comisión Europea y el Banco de España, que sirven para difuminar la esencia de todo el modelo, que parte de un principio intocable: pagar la deuda es el objetivo fundamental en torno al cual tiene que girar todas las demás *variables*, aun sea a costa de contraer nuevas deudas.

* Profesor titular de Economía Aplicada de la UPV/EHU



**TANATORIO
NUESTRA SEÑORA
DE BEGOÑA**

Abierto las 24 horas del día

94 445 35 58

nuestrabegonabilbao@albia.es